

sus amigos y con los que, al menos en teoría, seguía manteniendo idénticas perspectivas de proyecto social. Posiblemente una actitud que no hubiera podido mantener si en la UGT de este período no hubieran participado un puñado de dirigentes que mantenían su misma línea. La credibilidad que emanaba de su figura constituyó un elemento concienciador y movilizador en sí mismo. La clase trabajadora española debe estarle agradecida por un empeño que permitió atenuar el rigor de algunas políticas neoliberales y alentó una conciencia social sin la que es imposible que alguna vez avancen otro tipo de políticas.

Pero, sin duda, también padeció la dificultad de defender propuestas socialdemócratas en una fase de la historia del capitalismo en la que esta vía ha sido abandonada y donde gran parte de las capas medias que nutren los aparatos políticos de la izquierda han sido abducidas por unos planteamientos económicos y sociales en los que no queda mucho espacio para las ideologías igualitarias que

han sustentado la acción sindical. Donde la nueva conciencia sobre viejos y nuevos problemas —los límites ecológicos al crecimiento, las raíces estructurales de la dominación femenina y su relación con la actividad productiva doméstica, el racismo que atraviesa las sociedades multiculturales de las grandes urbes globalizadas, etc.— apunta a soluciones que no pueden limitarse al tradicional reparto de los frutos del progreso que ha caracterizado a la cultura socialdemócrata y exige una refundación. Y donde la crisis de las formas tradicionales de participación democrática demanda una reformulación de las formas sociales de acción y organización. Y por ello, la comprensión de las limitaciones de su labor sindical nos debe seguir alentando en la búsqueda de propuestas que ayuden a superar la hegemonía neoliberal y a encontrar caminos por donde sea posible transitar en la dirección de la sociedad de personas libres y justas que siempre ha estado en el ideario de todo buen sindicalista.

## NICOLÁS REDONDO. MÁS ALLÁ DE LA ACCIÓN SINDICAL

José Antonio Gimbernat

Los *Escritos y discursos, 1976-1994* de Nicolás Redondo, que se hallan ordenados cronológicamente, nos permiten reencontrar sin dificultades el hilo conductor de lo que ha sido su pensamiento y acción sobre todo como sindicalista, pero también como definitorio de sus actitudes cívicas y políticas. Existe una persistencia sin quiebras en sus convicciones. Por supuesto que la evolución y los vericuetos de la realidad política y social españolas le han obligado a modular sus reflexiones

e ideas y a tomar posiciones frente a violentas sacudidas y profundas decepciones, pero siempre están bien dibujadas las líneas maestras de lo que ha comprendido como el proyecto socialista.

Ya en los años de la transición a la democracia quedan bien definidos los objetivos de lo que va a ser su tarea principal al frente del sindicato de UGT. La acción de éste está concebida como autónoma de las instancias políticas, contra-distinta al quehacer político del PSOE. Pero simultá-

neamente es comprendida como un componente esencial, entre otros, para llevar a cabo en la sociedad española las profundas transformaciones que se requieren para hacer viables los ideales del socialismo. Es evidente que todo ello se había ido madurando en un doloroso itinerario en la clandestinidad obligada, como político y sindicalista, en los oscuros años de la larga dictadura de Franco. No cabe duda que un sindicato de clase tiene como fin alentar la movilización de los trabajadores, en primer lugar con propuestas de democracia social. Y en el pensamiento de Nicolás Redondo siempre está presente que la actividad sindical debe ser animadora y motor de un extenso impulso cívico. Hay que hacerla a la vez converger con los movimientos sociales, con las instancias progresistas y debe estar en relación intensa con los partidos de izquierda. Todo este entramado plural es insoslayablemente necesario para lograr un cambio social profundo si se aspira a una sociedad diferente en la que se hagan verosímiles las ideas del socialismo democrático. La reflexión de Nicolás Redondo, elaborada durante el período de la transición a la democracia, insiste en que para que estos objetivos puedan aproximarse es indispensable a medio plazo el triunfo electoral del PSOE. Pues sólo son alcanzables si se dispone para trabajar en su favor de las instituciones políticas. Sólo con el poder democrático que otorgan se hará posible la *convergencia eficiente de las organizaciones y movimientos sociales que se encuentran en la sintonía socialista*. El cambio socialista no puede venir sólo desde las instituciones políticas; es un cambio con un fuerte protagonismo de la sociedad civil. Mientras llega ese triunfo electoral, el trabajo político y sindical consiste en fortalecer la dinámica social que se oriente en su favor. Este planteamiento se corresponde con la experiencia

tenida durante la etapa previa a la transición a la democracia. En ella hubo un importante aprendizaje de cuál debía ser la metodología adecuada para alcanzar un sistema democrático. La democracia española fue gestándose gracias a la existencia y la acción de los sectores y movimientos democráticos, con un especial protagonismo de los sindicatos de clase, que con creciente tenacidad se habían opuesto a la Dictadura. Una vez fallecido Franco supieron también resistir a los primeros proyectos continuistas, camuflados con superficiales cambios cosméticos. La combatividad del movimiento obrero, aglutinado en torno a los sindicatos, fue un vector decisivo para roturar los caminos a la democracia. La Constitución española es la confirmación del proyecto democrático nacido en la oposición. Otorga carta de ciudadanía a los sindicatos, como un eje crucial en el que cristalizan derechos hasta entonces negados a los españoles.

Logrado el objetivo democrático y asentadas las instituciones que lo consolidaban, en la mente y en el discurso de Nicolás Redondo, *mutatis mutandis* en un estadio nuevo, se expresa el propósito de repetir la experiencia, ahora para favorecer un giro socialista en la democracia española. Es decir, hacer converger de nuevo los movimientos cívicos de carácter progresista con los sindicatos y los partidos de izquierda, adjudicando el papel principal al PSOE. Si en la transición la estrategia de esta confluencia de fuerzas había sido la democracia, ahora se podían promover y debatir nuevos objetivos para la sociedad española. En este período, desde el referéndum a favor de la Constitución hasta la victoria del PSOE en las elecciones generales, en los *Escritos* de Nicolás Redondo se han definido, modulado y reiterado las características del proyecto social y político de la izquierda en la democracia. Superada la etapa de consenso entre todas las

fuerzas democráticas, indispensable para hacer viable la democracia, ahora la preocupación se torna en cómo fortalecer las nuevas ideas y sus prácticas sociales correspondientes. Desde la óptica sindicalista, en los *Escritos* se van configurando los objetivos de construir una sociedad más justa y más igual, requisitos para que sea más libre. Condición para ello es agitar el debate en la opinión pública, ser persuasivos de las propias propuestas y acrecentar la ilusión de que es posible el cambio prefigurado. La estrategia sindical del día a día tiene fijo ese horizonte. La negociación con los interlocutores sociales, necesaria para obtener las mejoras sociales para los trabajadores, no significa abdicar de los objetivos más ambiciosos a medio plazo. También la confrontación reivindicativa es un arma de esta negociación.

Toda esta estrategia, formulada sindicalmente, pero de envergadura política, requiere lógicamente hacer cada vez más fuerte a la UGT. Para ello debe ampliar la afiliación y el influjo del sindicato entre diferentes sectores sociales: técnicos, funcionarios, profesionales liberales. Esta penetración tiene también como objetivo expansionar los ideales socialistas. La acción sindical consecuentemente tiene que estar presente en los distintos ámbitos sociales: enseñanza, sanidad, cultura. Tiene que extender su virtualidad fuera de los recintos tradicionales: en las fábricas y en las grandes empresas. En esta estrategia de Nicolás Redondo se explicita un concepto político de la democracia más profundo, en que simultáneamente hay que avanzar en la democracia económica y social.

Toda esta perspectiva está próxima a lo que en la filosofía política reciente se ha descrito como una democracia radical. Ésta viene definida por una sólida y activa opinión pública. Y condición de su vitalidad es la existencia de un denso tejido asociativo, en cuya estructura los movi-

mientos sociales, las propuestas sindicales y el debate público de las ideas acerca de cómo construir la sociedad y reformar sus instituciones constituyen su espina dorsal. Correspondientemente Nicolás Redondo, después de la etapa del consenso democrático de la primera época de la democracia, ahora apuesta para que en la esfera política se ofrezcan programas y proyectos contrapuestos, marcando acentuadas diferencias, dibujando líneas de división entre los objetivos de los partidos conservadores y las propuestas de gobierno de impronta socialista. Cuando ello no es así, la indiferenciación política conduce a la frustración, al desencanto y desanima la participación cívica en la esfera pública.

Las teorías políticas de la democracia han dejado bien claro los dos componentes constitutivos de una buena democracia moderna. En primer lugar la función insustituible de las instituciones representativas elegidas por los ciudadanos y, a la vez, y en segundo lugar, el carácter participativo, consecuencia lógica del principio democrático que tiene a los ciudadanos como actores de la vida pública. Pero hoy también es evidente que en la realidad de las democracias occidentales, estos dos factores, en lugar de su razonable complementariedad con frecuencia aparecen como antagónicos. En todos los planteamientos de Nicolás Redondo existe el requerimiento de una fuerte participación de todas las instancias sociales, además de las de carácter representativo, a fin de hacer plausible su proyecto político. Y en estas organizaciones sociales, con especial énfasis, en lo que a él le concierne, en los sindicatos, los cuadros dirigentes no deben absorber ni suprimir las iniciativas de colectivos que deben funcionar democráticamente. Es vital para el movimiento sindical promover su carácter participativo.

Como hace tiempo ha sido formulado y reitera Nicolás Redondo se trata de que

la democracia no se detenga a la puerta de las fábricas. En este contexto tienen su justificación y su urgencia las reivindicaciones más inmediatas de un desarrollo económico en condiciones que sea posible distribuir socialmente sus logros y beneficios. Ante todo, con la reclamación de políticas orientadas al pleno empleo, las mejoras salariales y laborales, la extensión de la protección social, políticas avanzadas de sanidad, educación y vivienda. Y siempre el combate contra la pobreza en la sociedad española que desde décadas, según todos los estudios solventes, viene soportando un número de pobres en torno a los ocho millones.

Podemos constatar que la concepción de Nicolás Redondo de cómo se puede proceder para hacer avanzar los objetivos del socialismo corresponde a una figura poliédrica. Son plurales y convergentes los protagonistas indispensables. Un factor de decisiva importancia lo constituye el juego que debe desempeñar el PSOE. Sin embargo desde los inicios de la democracia, Nicolás Redondo expone el recelo de que el Partido Socialista pueda sucumbir a la tentación de despegar la lógica propia de la del resto de los sectores, invitados para llevar a buen puerto los ideales proclamados. Explicita el temor de que el PSOE en el Gobierno prosiga una órbita excéntrica, haciendo primar un discurso convencional de partido político, pensando que así hace más próximas sus pretensiones de gobierno y que en consecuencia considere subalterna y satélite la cuestión sindical. Premonitoriamente Nicolás Redondo subraya que una incomunicación entre esos nuevos objetivos políticos y el sindicalismo de clase representaría un duro golpe, un grave obstáculo al común proceso socialista. Ya entonces barruntaba la seducción electoralista, que podría arrojar por la borda la sustancia del ideal socialista. Sería el precio del triunfo electoral.

Por ello, en previsión y previamente, reclama el diálogo entre el partido y sindicato para debatir los rasgos definitorios de un Gobierno socialista. A la vez conoce bien cuáles son los límites inherentes a la acción sindical cuando ésta aspira a unas nuevas reglas de juego en la economía, diferentes de las establecidas. En éstas las cartas están marcadas de antemano y los intereses más poderosos dictan su ley. El poder transformador de la UGT en este contexto, por sí solo es muy limitado.

### **El desengaño**

La victoria electoral del PSOE en 1982 significa para Nicolás Redondo el logro de una meta tanto tiempo anhelada. Por fin todo el movimiento sindical y social de la izquierda española tiene un referente político en el gobierno del Estado. Y por tanto confía en que ha llegado la hora de que se tome la iniciativa desde el Gobierno para llevar a cabo una política socialista. Ésta va a contar con el apoyo de lo que durante los años de democracia ha ido fraguando como su base social.

Las instituciones políticas regidas por gobiernos conservadores ya no son obstáculo para el nuevo proyecto. Por tanto está presente la gran oportunidad para la confluencia entre el gobierno y el sindicato con un fuerte apoyo ciudadano para promover un profundo cambio político. Todas las piezas que en los escritos de Nicolás Redondo aparecían como necesarias para poder concretar políticamente el proyecto socialista estaban presentes, activas, diferenciales y encajadas. Era la hora de una nueva política no subordinada a la derecha social. Ahora tendrían primacía los derechos e intereses de los trabajadores. Parecería que había sonado la hora de una nueva política social. La palanca decisiva del gobierno de la nación estaba en otras manos. Era la gran oportunidad de

construir una sociedad de ciudadanos libres e iguales. Se brindaba la perspectiva de mostrar que es propio de la construcción del socialismo, que se vea apoyada por el desarrollo de una democracia participativa. Nicolás Redondo requiere en esas circunstancias la realización de una revolución cultural, que ofrezca y transforme en política otros valores distintos de los que dominaban en el modelo capitalista de la sociedad española.

Pero después de ese entusiasmo, Nicolás Redondo paulatinamente va constatando que sus ideas, por tantos compartidas, empiezan a avanzar a contracorriente. En sus escritos va tomando cuerpo su decepción. Comienza un enfrentamiento dialéctico con las ideas y prácticas que observa en la acción del Gobierno. Surge el interrogante acerca de si lo que ha cambiado es el color del poder, pero no su naturaleza. Le asalta la duda de si con un gobierno o con otro de otra procedencia ideológica, la derecha social es siempre la que dirige la política económica; si el realismo político lleva a concluir que más allá del signo del gobierno son inamovibles los parámetros económicos. Nicolás Redondo denuncia el sesgo neoliberal que ha marcado las pautas y directrices de la economía patrocinadas por el PSOE. Observa la puesta en marcha de una estrategia que se va decantando a favor del empresariado y que sucumbe al dictado de los fácticos poderes financieros. Es la época en que los neoliberales imponen su doctrina y su ley en la economía europea. Ellos son los expertos en la lectura de las dinámicas macroeconómicas y fuerzan una ley de hierro. El mercado se hipostasía y las políticas sociales se batan en retirada. El proyecto liberal acentúa como reglas de la economía los intereses empresariales y las apetencias de los poderes financieros. Lo que se ha llamado el fundamentalismo del mercado adquiere omnímoda prioridad. Europa

contempla la creciente hegemonía en sus gobiernos de los partidos conservadores, adaptados con entusiasmo a la nueva dogmática y a su jerga divulgadora. La ideología neoliberal, en su expansión irrefrenable, no sólo es por tanto secundada como un bien en sí, sino que es presentada como ley única, indivisible e inalterable. Sólo resta obedecer sus designios, debido a la fuerza coercitiva que le proporcionan los hechos económicos irreversibles. La Unión Europea impone sus condiciones por medio de los tratados e instituciones supranacionales. La economía crecientemente globalizada, dimensionada mundialmente sobre todo en el espacio financiero y bajo la hegemonía de Estados Unidos, condiciona con mayor virulencia este tipo de parámetros a los países en desarrollo, cuando éstos (siempre) necesitan los favores de las instituciones económicas internacionales. Las condiciones de la competitividad de las distintas economías en un campo de juego coincidente con las dimensiones planetarias, obligan a esos países a recortar drásticamente los gastos del Estado, a privatizar sus bienes, se pone en cuestión y se hace inviable por excesivamente costoso el Estado social. Éste aparece como un anacronismo en la nueva economía. Se predica que tiene efectos anestésicos, al debilitar el espíritu emprendedor de las iniciativas individuales. Sus detractores más agresivos juzgan que el Estado social coloca una carga de profundidad de resentimiento bajo los fundamentos de las sociedades libres. El primer plano que cobran los mercados y el criterio de la competitividad impulsan a limitar los derechos de los trabajadores, a reducir más los gastos sociales y, en la híbris del liberalismo, se señala como el principal enemigo de las empresas (entendidas como beneficios de empresario y accionistas) los altos costos salariales, que por definición siempre son excesivos. El

autismo neoliberal, veinte años después es incapaz de revisar sus posiciones tras el desastre económico y social que la imposición de su ideología en políticas económicas ha llevado, entre otros, al continente latinoamericano, al sureste asiático y a la antigua Unión Soviética.

En esta economía donde el mercado gobierna y los gobiernos gestionan, la política queda subordinada a los imperativos económicos. Los gobiernos se convierten en subalternos de las instituciones financieras. Si el político es un gestor obligado, la consecuencia es una desideologización de la política y en último término una despolitización de la sociedad. Pero este protagonismo insaciable de los hechos económicos concluye en una despolitización tanto de la política como de los mismos políticos. Síntoma de ello es la indefinición de las diferencias programáticas de los partidos que concurren a las urnas en las elecciones, sobre todo cuando aspiran a participar en mayorías de gobierno. Sorprendidos, los ciudadanos asisten en período de elecciones a la loca carrera de estas formaciones por ocupar con credibilidad la imagen del centro. Esta obsesión por situarse en el centro político, que en general ya a principios del siglo pasado había sido una reivindicación nominal de los partidos conservadores, viene motivada porque se presume atinadamente la progresiva despolitización del electorado. Y por tanto éste es más seducible por la metáfora geométrica, aséptica, que por la atracción de las ideas políticas. La pérdida de contornos ideológico obliga a los partidos a ingeniar-se mensajes que aparezcan dotados de virtualidades polivalentes, aptos para atrapar electores en las más variadas reservas de votantes. Así, la política es sustituida por el márketing electoral, que confunde intencionadamente los ingredientes políticos y que simula confrontaciones irreconciliables como si fueran el choque de reales

alternativas. Así la política tiende a desplazarse a un permanente espacio electoral en que el éxito no depende de sustentar las mejores convicciones, sino de disponer de los mejores actores. Los políticos triunfadores deben disponer de la suficiente plasticidad para, según la variedad de circunstancias y públicos, transformar el recitado de sus representaciones sin sentir rubor por la incoherencia de los distintos textos que les adelantan sus consejeros electorales. La retórica de la persuasión en sociedades tan determinadas mediáticamente es su gran recurso. Más que tener razón o razones, la representación exige que parezca que se tienen. Toda esta dinámica de la vida pública ha llevado a las formaciones políticas a primar sus maquinarias electorales, con lo que el medio que es la victoria en los urnas acaba convirtiéndose en el fin, al que se subordinan los restantes objetivos, en principio mucho más estimables, que genéricamente en la propaganda partidista se afirma como principios irrenunciables.

En esta escenografía electoral, los ciudadanos ocupan crecientemente las sillas de butacas de los espectadores, con escasa participación o nula, en cuanto actores de la vida pública. Las campañas son seguidas a través de los receptores de televisión y los ciudadanos, que han cambiado su papel de actor político por el de espectador, se convierten en un objeto experimental de las técnicas de persuasión a distancia. Éstas basan su eficacia en deslumbrar con los fuegos de artificio de virulentas polémicas trucadas y que hacen aparecer a sus líderes como esforzados gladiadores. El papel de comparsa que se adjudica al electorado evidentemente no es el más adecuado para la vitalidad de la de la democracia. En esta cartografía Nicolás Redondo toma nota de que la izquierda social de nuevo ha dejado de tener la iniciativa. Comienza a utilizarse una palabra, «modernización», que todo lo cubre. Se la dota de un componente eco-

nomicista con el que se apremia oficialmente para designar las condiciones en las que debe avanzar la economía del país. Su concepto se utiliza para soslayar las exigencias sociales de los sindicatos. En la acepción usada se convierte en un concepto reduccionista, que se instrumentaliza contra los que se oponen a la práctica política impuesta. Sus contradictores se convierten así en tradicionalistas, contramodernizadores e incluso retrógrados. La modernidad por la que se trabaja desde el Gobierno es progreso. Es ésta una controversia también reciente en la socialdemocracia europea. Los gobiernos que no se acomodan a las normas económicas que emanan de los centros de control financieros internacionales, se empeñan en vano en detener el curso del progreso. Con toda razón, Nicolás Redondo reivindica otro concepto de modernidad, ahora entendida como desarrollo social, avance en la igualdad, reformas sociales, mejora de las condiciones salariales y laborales. Todo muy obvio, pero desestimado con un gesto de desprecio. Nicolás Redondo contempla y critica cómo la defensa del mercado libre lleva a la concentración del poder económico y al incremento desbordado del paro. Se niega a conceder que el mercado sin más sea el motor de una sociedad igualitaria. La modernidad en esta versión es menos sindicato, más empresa, menos Estado, más mercado. Nicolás Redondo se rebela contra el hecho de que la acumulación de beneficios sea utilizada por los empresarios para financiar el coste de los crecientes despidos. Critica que la izquierda gubernamental haya decidido convertirse en la gestora de un capitalismo sin alternativas. Como síntoma de alarma del proceso elegido, destaca como un gobierno de izquierdas concierta la aceptación y el aplauso de la derecha social. Dentro de toda esta constelación, que va definiendo y acompañando la acción del Ejecutivo, ad-

mite un proceso de fagocitación del partido por el Gobierno. La relevancia que debe tener el partido como espacio de acción de ideas y debates queda en la penumbra. Desde el Gobierno se exige al partido seguidísimo de sus planes dirigentes. Leyendo la parte de los *Escritos* correspondientes a este periodo, se observa como la crítica al Gobierno por parte de Nicolás Redondo se hace cada vez más ácida. Describe como éste ha sacrificado el movimiento sindical, pretendiendo que todo comienza y termina en la lógica del Ejecutivo. Éste en sus formas aparece imbuido en la posesión de la verdad. Y consecuentemente, a propios y a extraños exige la incondicionalidad. Cuando las relaciones entre la UGT y el PSOE habían ya alcanzado un alto grado de deterioro, Nicolás Redondo ironiza en una entrevista con que el lema del Gobierno para sus seguidores se ha convertido en: «Conmigo o contra mí, y además enamorado». Con el paso del tiempo del PSOE en el Gobierno, Nicolás Redondo subraya que se ha profundizado la división entre gobernantes y gobernados, en que los primeros avasallan.

En 1988 se ha llegado a un divorcio entre Gobierno y sindicatos, traumático para Nicolás Redondo. Es una confrontación entre el PSOE y su base social. El sindicato UGT, su secretario general y su equipo de dirección ven con asombro que son acusados de radicalismo. Nicolás Redondo manifiesta: «Hemos hecho un esfuerzo desde 1977 de drenar cargas ideológicas, pero no estamos dispuestos a llegar al desarme ideológico; a no ser tan anodinos y pragmáticos que quepa cualquier situación». En la contrarréplica crítica «el abrazo aristocrático» que el Gobierno ha estrechado con los poderes económicos. Todas estas profundas discrepancias llevan a la huelga general de diciembre de 1988 y a las posteriores de mayo de 1992 y enero de 1994. En 1992, decepcionado, Nicolás Redondo da por fi-

nalizado definitivamente el ciclo iniciado con grandes esperanzas diez años atrás. Levanta acta de que se ha acabado una etapa de ilusión y confianza en el cambio que había sido alumbrada en 1982.

### Suma y sigue

A partir de noviembre de 1996, durante cuatro años, con periodicidad continuada el colectivo ITACA inicia en el periódico *El Mundo* la publicación de artículos que proponen favorecer el debate en la opinión pública de planteamientos propios de la izquierda. El colectivo lo componen Nicolás Redondo, Juan Francisco Martín Seco, Joaquín Navarro y José Antonio Gimbernat. Es una prolongación de las ideas, del empeño que con su actividad sindical durante tanto años había guiado el compromiso social de Nicolás Redondo. Desde las diferentes perspectivas de los autores, se trata de actualizar las señas de identidad de un pensamiento abiertamente progresista. En el primer artículo, con intención programática, se rebate la intención de hacer coincidir el fin de la historia de F. Fukuyama con el fin de las ideologías. Sus propuestas pretenden un mundo monocolor en el campo de la ideología en un abanico de opciones extremadamente parecidas, donde la política lejos de ser una actividad desgarrada en donde se juega el bienestar e incluso la vida de muchos se transforma en «juntas de salón» o en un escenario de papeles previamente repartidos. Sin embargo, la existencia de las desigualdades crecientes en un mundo en el que la economía globalizada se convierte en un capitalismo de rapiña y donde la cohesión en los países desarrollados se ve cada vez más amenazada, exigen el ejercicio de la crítica. Lo que se llama mundo desarrollado es un pequeño reducto rodeado de miseria, hambre y guerras. Éstas además ahora incitadas y programadas

desde Occidente, que ha vuelto a descubrir la utilidad de la guerra como otra forma de hacer política. Más de medio siglo después de la Declaración de los Derechos Humanos por Naciones Unidas, la tortura, la esclavitud, la discriminación de género, la explotación de la dignidad humana continúan perpetrándose en toda la geografía del planeta. Los intereses económicos del primer mundo no son ajenos a tanta barbarie. La hipocresía de las democracias establecidas apoyando nuevas prácticas coloniales y protegiendo dictaduras y regímenes despóticos cuando son útiles aliados, niega en las relaciones internacionales lo que en casa defienden como derecho irrenunciable. No es posible continuar afirmando que la historia ha llegado a su fin, o que ya está superada la alternativa izquierda-derecha. Hoy, a pesar de la secularidad, se sigue defendiendo cuasi sacramentalmente, con pasión dogmática, la inalterabilidad del orden establecido. En contraposición, la izquierda remite a la utopía avalada por la historia, constatando que lo que hoy es utópico puede dejar de serlo mañana. Es cierto que las propuestas utópicas han degenerado con frecuencia en dictadura de las ideas, pero también es cierto que en un movimiento pendular las organizaciones de izquierda han dejado de ejercer la crítica y se han desvirtuado en el conformismo. Los poderosos medios de comunicación en las modernas sociedades mediáticas imponen su imagen del universo. Aceptarla es esencia del pensamiento conservador, que a la vez es quien la impulsa. Ante ello la izquierda necesita sentirse orgullosa de su ideología. Durante los años que ITACA permaneció activa, procuró cargada de razones, utilizar el arma de la crítica. De esta manera en estos artículos Nicolás Redondo mantenía su carácter de socialista crítico y su compromiso de persona de izquierda en donde siempre y perseverantemente ha estado situado.

## RESPUESTAS A ALBERT RECIO Y JOSÉ A. GIMBERNAT

Nicolás Redondo

En el contexto de las reflexiones y comentarios realizados por A. Recio y por A. Gimbernat, hemos formulado a Nicolás Redondo algunas de las cuestiones principales contenidas en los textos de los dos autores citados:

1. *¿Cuál es tu valoración de la transición política? En el texto de Recio aparece una valoración de la situación del movimiento obrero al inicio de la transición y se subraya su capacidad de movilización. ¿Cuál es tu percepción de aquellos años?, ¿crees que los sindicatos encauzaron una conflictividad social que hubiera desbordado los pactos de la transición?*

Quisiera, en primer lugar, agradecer los comentarios de A. Recio y de J.A. Gimbernat y el interés de la *Revista Internacional de Filosofía Política* por profundizar en temas que son, por desgracia, muy desconocidos.

El tema de la transición es todavía, después de tantos años, un tema controvertido sujeto a múltiples y enfrentadas interpretaciones.

Unos piensan que el haber realizado por medio de la reforma y no de la ruptura la transición, ha viciado a ésta desde su origen. Otros manifiestan que no culminará hasta que no se resuelva el problema vasco.

Joan Martínez Alier, en un artículo en *Le Monde Diplomatique* titulado «La transición excluyente», principalmente referido a la UMD (Unión Militar Democrática), manifestaba que cabe hacer, no ya un balance, sino varios balances de la transición. El que yo represento, escribía Joan, está más en los silencios y en las ausencias que en los triunfos.

Cuando se habla de la transición democrática se suele hablar exclusivamente de la política, sin tener en cuenta la sindical, que tiene su propia lógica. En mi opinión, a diferencia del proceso político general, en que, partiendo de las propias instituciones del régimen se llegó a una reforma consensuada, en el caso de la transición sindical fracasó la pretensión de llegar a un acuerdo pactado.

Se produjo como parte del proceso de la transición sindical a la democracia, y ésta es quizás una de las más llamativas originalidades de la misma, un cambio radical de contenido rupturista del modelo sindical del período franquista

Las grandes movilizaciones sindicales del primer semestre de 1976 en Asturias, Madrid, Cataluña, Valencia, Euskadi; la Huelga General del mes de noviembre de ese mismo año convocada por la COS al Gobierno de Adolfo Suárez, fueron todos ellos movimientos reivindicativos por motivos laborales, por conseguir mejores condiciones de trabajo y por lograr mayores cuotas de democracia. Fueron movilizaciones que, bajo mi punto de vista, facilitaron un proceso de transición política cargado de incertidumbres e incógnitas y una Constitución de perfiles democráticos y sociales como la de 1978.

Las débiles estructuras de los partidos políticos democráticos, sin esta colaboración sindical, habrían sido impotentes para condicionar el cambio en la forma y profundidad que acabó teniendo.

La intención de los sindicatos mayoritarios —CC.OO., UGT, USO— respondiendo al sentir de sus afiliados, de los trabajadores, no era el de evitar el desbordamiento de los pactos de la transición y sí el de

llevar a buen término ese proceso, violentando situaciones, encauzando la conflictividad social a fin de conseguir las libertades democráticas. En un contexto en que ni los sectores que amparaban la dictadura para la defensa de sus intereses, ni lo que denominábamos oposición democrática, tenían los niveles de cohesión ni de fuerza para imponer su propio proyecto.

El llamamiento del movimiento sindical de la COS a favor de la Huelga General en noviembre de 1976, originó, no diré reticencias, pero sí preocupación en la incipiente clase política democrática, porque podía ser entendido como una provocación, como un riesgo frente al deseo generalizado del pueblo, deseo que no era otro que la recuperación de las libertades democráticas.

Las movilizaciones de los trabajadores en aquel entonces, no fueron movimientos «basistas» que arrastraran a las estructuras de los sindicatos, sino que fueron éstos los que llamaban a la movilización y la protesta.

Bajo mi punto de vista, en un tema tan dado a la subjetividad, el movimiento sindical, ni frenó, ni controló o limitó, desviando de sus intenciones al tradicional movimiento obrero, entendido éste como la lucha organizada de una clase social en pro de un objetivo finalista: el de su emancipación.

La situación política y social y la relación de fuerzas exigían de los sindicatos, de los trabajadores, actuar consecuentemente, respondiendo a las demandas de un pueblo, de una clase trabajadora cuya pretensión no era otra que culminar el proceso democrático después de cuarenta años de dictadura.

*2. En el mismo texto se vuelve a la polémica acerca de la Unidad y la pluralidad sindical. ¿Piensas que la experiencia de Portugal influyó decisivamente en la tran-*

*sición política española? Frente a la opción por un sindicato único UGT encarnó la lucha por la pluralidad de referentes sindicales y la defensa de un modelo de sindicalismo basado en la negociación, la concertación y el acuerdo que tuvo que cargar con los costes de la transición. Se ha hablado de los sindicatos como los parientes pobres de la transición. ¿Cuál es tu valoración al respecto?*

La transición sindical española, estuvo poco o nada influenciada por la transición sindical portuguesa, lo que es lógico si tenemos en cuenta los diferentes contextos político-sindicales así como las profundas divergencias en cuanto al procedimiento.

Si bien es cierto que CC.OO., siguiendo el ejemplo de Portugal, era partidaria de utilizar la CNS como arazón de la unidad sindical, pretensión que fracasó, fundamentalmente por ser una extrapolación interesada que nada tenía que ver con nuestra realidad.

La transición portuguesa emanaba de una revolución militar que supuso una profunda ruptura con el régimen anterior. Una revolución de carácter, digamos izquierdista, que creó grandes esperanzas. Una revolución con un Partido Comunista hegemónico y un profundo vacío en el campo socialista.

En nuestro caso, fue una transición política pactada en que, en cierta medida, se mantuvo intacta la estructura de poder. El poder económico por supuesto, y también el poder de ciertas instituciones: monarquía, ejército, policía, etc.

Conviene recordar que con todas las carencias que se quieran, y éstas eran muchas, la UGT celebró su Primer Congreso en 1944, en el exilio, sin haber terminado la II Guerra Mundial. Desde entonces hasta 1976, el sindicato celebró regularmente sus congresos con sus acuerdos y definiciones programáticas, con la partici-

pación de miembros de la organización clandestina en España. Fue miembro fundador de la FSM en 1945 y de la CIOSL en 1949. Y sobre todo tenía tradición, una historia que, al igual que la del PSOE, se confundía con la del movimiento obrero y con la de nuestro país. Evidentemente éste no era el caso portugués.

La celebración del XXX Congreso de la UGT en el mes de abril de 1976 en Madrid, con un gobierno tardo-franquista, en una ya manifiesta bipolaridad sindical —CC.OO.-UGT— tuvo suma importancia en el proceso que nos llevó a la ruptura sindical.

La celebración de esas «Jornadas Sindicales», denominación impuesta por el Gobierno de Arias Navarro, no fue una concesión a la UGT, sino que, al igual que la autorización de la Asamblea Sindical de CC.OO. celebrada en Barcelona en julio de 1976 y el Congreso del PSOE celebrado en Madrid en diciembre de ese mismo año, no fueron concesiones gratuitas, sino obligadas dadas las presiones internacionales y los imperativos de tener que dar una imagen de aperturismo político después de la muerte de Franco.

Fuera por presiones internas, internacionales o por sentido de la realidad, al régimen, al tardo-franquismo, no le quedaba otro remedio que ir abriéndose a las demandas democráticas.

La presencia masiva de los principales dirigentes del sindicalismo mundial fue uno de los factores que contribuyeron a la realización del XXX Congreso superando multitud de dificultades impuestas por el gobierno. Dicho Congreso se significó por tres razones: La negación de cualquier continuismo más o menos edulcorado del sindicalismo vertical; la irrupción de la libertad sindical; y la confirmación del pluralismo sindical.

Fracasado el proyecto sobre una transición sindical a la portuguesa, CC.OO. rein-

cide en un nuevo proyecto. Un Congreso Sindical Constituyente, una vez conseguida la libertad, como fórmula en la consecución de la unidad orgánica sindical.

UGT, por su parte, defendía que sólo una vez conseguida la libertad sindical, en un contexto de libertades democráticas fueran los trabajadores los que optasen libremente por unidad o pluralidad sindical.

Las diferencias entre UGT y CC.OO. eran ya ostensibles; frente a prácticas propias de la clandestinidad y concepciones más o menos movimentistas de la acción sindical, la UGT defendía el papel del sindicato como organización representativa de los trabajadores.

Existían diferencias sobre la prevalencia de los Comités de Empresa o de las Secciones Sindicales, en las que los empresarios se inclinaban por la tesis pro-comité de CC.OO., pretendiendo con ello debilitar la representatividad de las Centrales Sindicales.

La defensa por parte de UGT de un modelo sindical frente al de CC.OO., definido como movimiento socio-político que resultaba, bajo mi punto de vista, profundamente inadecuado para la nueva etapa democrática. Su pretensión de imponer negociaciones políticas, tratando de revivir pactos como los de la Moncloa, la lleva a marginarse de negociaciones, de acuerdos sobre el ABI, el AMI, el ET, sufriendo un descalabro estratégico y sindical (como reconoció posteriormente el nuevo secretario general Antonio Gutiérrez), lo que fue un factor decisivo en el desencadenamiento de las futuras crisis del movimiento comunista, tanto en su vertiente sindical como política.

Si a todo ello se añade la prevalencia de una tradición de pluralidad sindical ya anterior a la Guerra Civil compuesta por ELA, UGT y CNT. A la pertenencia a distintas internacionales sindicales, CC.OO. a la FSM y UGT a la CIOSL y a

las profundas diferencias de orden estratégico, se comprenderá el distanciamiento entre CC.OO. y UGT.

Diferencias que no impidieron que en lo fundamental ambas organizaciones llegaran a acuerdos, aunaran esfuerzos que fueron importantes en la recuperación de las libertades democráticas, esfuerzos y sacrificios del conjunto del movimiento sindical, poco o nada reconocidos.

Es un sentir general que los grandes sacrificados, una vez recuperada la democracia, fueron los sindicatos. No por prioridades como el de darnos una Constitución Democrática, o el Estado de las Autonomías, etc., sino por egoísmos políticos y partidarios. Desde los primeros años de la transición se fue extendiendo entre la clase política y la opinión pública, una valoración tan negativa como interesada del movimiento sindical.

3. *Al producirse el triunfo del partido socialista en 1982 se vuelven a plantear la tensión entre los aspectos político y sindical. Tu figura se ha asociado a la ruptura con los Gobiernos del PSOE, a la unidad de acción con CC.OO. y a la gran capacidad de movilización que logró marcar la agenda política durante años. ¿Cómo recuerdas hoy estos tres elementos?, ¿fue traumática la ruptura de la «familia socialista»? ¿cómo lograste imponer la autonomía sindical?*

La ruptura de la entonces llamada «familia socialista» fue verdaderamente traumática, más a nivel personal, de relación partido-sindicato basada en tradiciones, historia común, cargada de mayor emotividad, que en el campo ideológico, político, más fácilmente objetivable.

Las diferencias del Gobierno con la UGT y los otros sindicatos no surgen de la noche a la mañana. Nacen de manera incipiente en 1983 con la aplicación de la jornada de 40 horas semanales que el Gobierno socialista

quería posponer y con la reconversión industrial, mediante la rescisión o suspensión de los contratos de trabajo.

La regresión social aplicada por el Gobierno desde el año 1985, dio lugar ese mismo año a las protestas de la UGT y a las huelgas generales de 1988, 1992 y 1994, pasando por las huelgas de Asturias, Santander, Galicia, País Vasco y Cantabria, toda una contestación sindical no orientada a desgastar o derribar el Gobierno, como mal intencionadamente se decía tanto desde el Gobierno como desde las filas del PSOE, sino a intentar que recuperara la orientación socialdemócrata en función de los intereses que estaba obligado a defender.

El conflicto entre el Gobierno y los sindicatos no fue debido a fobias personales como se pretendía hacer creer desde el Gobierno y el Partido Socialista, sino pura y simplemente al progresivo deslizamiento de su política hacia una longitud de onda neoliberal, bajo la cobertura del social-liberalismo.

Estas diferencias Gobierno - movimiento sindical se vivieron con especial dramatismo en la disociación Gobierno - Partido Socialista (subsumido éste en el Gobierno) y la UGT.

Al estar tradicionalmente ambas organizaciones, PSOE-UGT, fundadas por las mismas personas, con idéntica praxis y concepto finalista; al estar durante toda su historia, sobre todo durante los cuarenta años de la dictadura franquista fuertemente unidas sin apenas posibilidad de diferenciar una y otra tarea formando casi una simbiosis, explica en gran medida el trauma con que se vivió esa profunda disociación.

Después de cuarenta años de dictadura, con la recuperación de las libertades democráticas, nos enfrentamos a una situación en que por primera vez gobierna en nuestro país el Partido Socialista, con poca experiencia de gobierno, e incluso

de oposición democrática, sin haber previamente debatido cuestiones importantísimas como el interclasismo de los partidos socialdemócratas y su relación con los sindicatos, la transformación de la clase obrera tradicional, el significado de los nuevos movimientos sociales, etc.

Lo que tenía que haber sido un debate de carácter ideológico y estratégico, se sustituyó por la identificación del proyecto socialista con la acción del Gobierno, como si todo empezara y terminara en éste.

Del reparto de papeles, uno de los fundamentos de la socialdemocracia, se pasó a la vieja teoría de la jerarquía dentro de la familia, la de supeditación del Sindicato al Partido y cuando se está en el Gobierno son los intereses de éste los que prevalecen sobre los de Partido y Sindicato. De ahí esa especie de fijación de ver en todo aquel que discrepa del Gobierno, no ya un adversario político, sino un enemigo a abatir, combatiendo con todos sus medios la influencia de los sindicatos, sobre todo, del sindicalismo socialista representado por la UGT.

Lamentablemente, las condiciones creadas por los resultados de las elecciones de 1982, con el mayoritario triunfo del PSOE, no fueron aprovechadas, y no por un problema de urgencia, de ritmo, que UGT jamás pretendió, sino de orientación, lo que ocasionó que los sindicatos chocaran con las medidas del Gobierno que aceptó de manera simplista y equivocada, como si fueran inherentes a la izquierda, las siguientes ideas:

— La supuesta relación causa-efecto entre el nivel de vida de los trabajadores en actividad y el crecimiento del paro.

— El que un gran porcentaje de asalariados siguieran sin ocupación a menos que se abordase la desregulación del mercado de trabajo.

— El pretender hacer creer que el paro

de masas se explica porque los mercados de trabajo son muy rígidos, los costes sociales muy elevados y todo ello es achacable a una justicia social considerada arcaica y un Estado despilfarrador.

— Que la generosidad, la sobreprotección en las prestaciones sociales por desempleo, reducen el entusiasmo en busca de trabajo. (Se pretendía con ello circunscribir el paro a una falta de voluntad o pereza de los parados y no a lo que correspondía, que era la falta de trabajo.)

¿Quién no recuerda el sofisma de los Gobiernos de Felipe González, con su pregunta connotada que hacía innecesaria la respuesta, cuando se cuestionaba en voz alta: «¿Qué es mejor 400.000 puestos de trabajo fijo u 800.000 eventuales?». Como si se tratara de una oferta de mercadillo, le doy dos por el precio de uno. Cuando con igual connotación se preguntaba desde el Gobierno: «¿Qué es más socialista, reducir la inflación o aumentar los salarios?». Intentando con ello culpabilizar a los salarios de los males de la economía. Era una vez más la falsa antinomia, ya que ni se reducía la inflación ni aumentaban los salarios, lo único que aumentaban eran los beneficios empresariales.

La proclamación de España como país donde se podía ganar más dinero en menos tiempo, era coherente con la política económica seguida por el Gobierno de aquel entonces, que era tanto como decir que a los ricos se les motivaba enriqueciéndoles y que para motivar a los pobres había que empobrecerlos.

Años después, en el 2002, el discurso de los Gobiernos del PP en el campo económico, social y laboral, recuerdan a los de aquel entonces. Si no fuera por el pie de imprenta sería imposible diferenciarlos.

En definitiva, la aplicación de políticas económicas y sociales contrarias a la clase trabajadora y a los sectores menos fa-

vorecidos de la sociedad, abrieron una profunda brecha en las relaciones Gobierno - movimiento sindical.

La confrontación sindicatos-Gobierno, se pretendía justificar basándola en supuestas malas relaciones personales entre el presidente del Gobierno y el secretario general de la UGT, por la frustración de este último de no haber salido elegido secretario general del Partido en Suresnes (en el congreso del PSOE de 1974 que eligió a Felipe González como secretario general) y por querer mandar en el Gobierno.

El PSOE, todavía hoy, pretende ignorar que su política económica y social de aquella época fue profundamente equivocada. Creó un fuerte descontento social que dio lugar a cuatro huelgas generales: 1985, 1988, 1992 y 1994, de las cuales, la UGT convocó las tres últimas conjuntamente con CC.OO., USO, ELA, CNT y CGT, esto es, con el conjunto del movimiento sindical.

Aún hoy, año 2002, el PSOE no ha sido capaz de analizar los catorce años de Gobiernos socialistas, con sus evidentes aciertos y más que evidentes errores. Por el contrario, se han pretendido buscar explicaciones interesadas, complacientes, donde sólo había razones objetivas. Razones que consistían pura y simplemente en que ni la UGT ni el conjunto del movimiento sindical, ni los trabajadores, estaban de acuerdo con las medidas adoptadas por los distintos Gobiernos presididos por Felipe González.

Lamentablemente con ser graves los errores cometidos en el campo social, laboral y económico, han sido sobre todo en el campo de los valores culturales de la izquierda, de la socialdemocracia, donde los estragos han sido considerablemente más profundos. El corregir los errores en el campo de la economía, política social, laboral, llevarán su tiempo, costará. Donde pueden llegar a ser los daños irre-

versibles, es en el campo de la cultura de la izquierda.

Hace ya algunos años, convocado por la comisión parlamentaria sobre asuntos económicos y sociales, con la presencia de diputados socialistas, manifesté mi preocupación y dudas sobre la capacidad de recuperación por las concesiones que tan gratuita como generosamente se habían otorgado a la derecha.

*4. A partir de 1988 los sindicatos tienen una gran fuerza pero de alguna manera se quedan sin referente político. Muchos incluso se dirigen a ti como el auténtico líder de la oposición. Tu vienes a representar lo mejor del proyecto socialdemócrata para muchos trabajadores pero ese potencial no logra forzar un giro a la izquierda en el seno del PSOE ni un giro hacia la socialdemocracia de Izquierda Unida. ¿Por qué se quedaron los sindicatos sin referente político?*

Desde la restauración de la democracia, la UGT siempre ha deseado una situación parangonable a la de los sindicatos de nuestro entorno que, con una mayor implantación sindical, mayor afiliación y poder institucional, etc., realizaban su función sindical sin el protagonismo político que de manera indeseada y muy a pesar suyo alcanzó la UGT en la década de los años ochenta.

Una de las preocupaciones y no de las menores de la dirección del Sindicato, era el protagonismo político, la referencia ideológica e incluso la fuerza de oposición al Gobierno que nos negábamos a asumir. El que la UGT apareciera como principal oposición política al Gobierno socialista, no era sólo negativo para el sindicato, sino para el juego parlamentario y para la democracia.

Éramos tan conscientes de esta anómala situación como de la evidencia de su difícil superación. De que todo esfuerzo

que hiciera el sindicato en ese sentido, estaba condenado al fracaso mientras la derecha no superara su debilidad y la izquierda, el PSOE y su Gobierno, hegemónicos en aquel entonces, no recuperara las señas de identidad que corresponde a todo gobierno de izquierda.

Considerábamos necesario para el desarrollo del Estado de Bienestar, la profundización de la democracia, la existencia de un PSOE, de un Gobierno socialista que fuera coherente con los principios socialdemócratas que decía defender y con el cual el sindicato estaba dispuesto a una total colaboración.

Defendíamos la necesidad de un fuerte partido de izquierda que fuera referencia e instrumento movilizador de la izquierda social, que fuera alternativa y no alternancia, lo que exigía una política radicalmente diferenciada de la derecha.

Era evidente que la salud democrática exigía fuertes partidos políticos claramente diferenciados y que en el caso del socialismo fueran un referente de la izquierda sociológica de la que evidentemente formaban y forman parte los sindicatos.

En ese contexto teníamos un PCE aferrado todavía a viejas concepciones que el eurocomunismo intentaba superar. Un fuerte debate sobre el eurocomunismo al que se añadió la profunda controversia sobre la pertenencia del PCE a IU, subsumido o adherido a ésta, lo que ocasionó una profunda crisis en la familia comunista con la creación de otros partidos como el Partido del Trabajo.

En Europa occidental los PC defendían opciones que se podían calificar de socialdemócratas, aún rechazando radicalmente ese término, considerándolo como una perversión de sus ideales.

En nuestro país esa situación también se dio. A veces hablando con dirigentes del PCE les manifestaban lo que, bajo mi punto de vista, era una profunda contra-

dicción: «defendéis programas que se pueden estimar como socialdemócratas al mismo tiempo que abomináis de la denominación». En ese marco de rechazo, de repudio, era difícil cuando no imposible que llegaran a ser un polo de referencia, de atracción del socialismo democrático.

El otro partido, el PSOE, partido hegemónico (no sólo de la izquierda, sino del conjunto de las fuerzas políticas del país), tenía una estructura piramidal, jerarquizada, con su secretario general ejerciendo una autoridad sin límites sobre él. Sin la existencia en su seno de espacios para el diálogo y el debate, para la confrontación creativa de ideas lo que le llevó a un brutal distanciamiento de las opciones que como partido defendía estando en la oposición.

De lo que podía haber sido la línea de facilitar el debate de ideas, de participación más activa, más directa de los afiliados/as, se pasó a un partido cerrado, consignista, en el que se anatematizaba a todo aquel que discrepara de la línea oficial y de la persona que simultáneamente era secretario general del Partido y presidente del Gobierno. De lo que era tradicional en el Partido, que era el defender su ideario en contra de grupos de presión, incluso en contra de la opinión pública, se pasó a gobernar a base de encuestas, sacrificando el proyecto transformador de la sociedad por proyectos tendentes a ganar electores y mantenerse en el poder, llevándole a una política socialmente regresiva que hacía las delicias de los poderes financieros y empresariales.

Curiosamente esta ruptura o distanciamiento entre lo predicado en la oposición y practicado en el Gobierno, no irrumpió de la noche a la mañana; fue un proceso gradual que no dio lugar ni en los comités federales ni en los congresos, salvo Izquierda Socialista, a posiciones divergentes, cuando era más que evidente que se

iban dejando jirones del ideario socialdemócrata en el camino.

En ese camino, desde un punto social, más que la asimilación en dos grandes ciclos en clave partidaria, uno de Gobiernos de UCD y otro de Gobiernos del PSOE, cabría insistir en dos períodos. Primero, uno reformista coincidiendo con los Gobiernos de UCD y los primeros años del PSOE y otro, socialmente involucionista, correspondiente a los últimos Gobiernos socialistas.

Es profundamente contradictorio que las medidas más socialmente regresivas se adoptan en el período de los años 86-96, con Gobiernos socialistas, que coincide en general con un fuerte crecimiento económico, donde la precariedad en el empleo, la facilidad y abaratamiento del despido, el recorte de las prestaciones sociales y la privatización de empresas públicas, se convierten en un pretendido factor de modernización económica y mejora de la competitividad.

Se provocó una fuerte contestación social, el enfrentamiento con los sindicatos, un importante recelo ideológico y una crisis de identidad de los referentes programáticos, además de una profunda confusión, y desmovilización de la izquierda sociológica, que lamentablemente todavía se mantiene hoy en día.

El dilema en que durante años ha estado inmerso el Partido Socialista, de decantarse definitivamente hacia el espacio de un partido social-liberal o recuperar el lugar genuino de la socialdemocracia, es evidente que prevaleció la opción social-liberal, dirigida por los, entonces, llamados renovadores y su jefe de filas y secretario general del Partido.

Hace ya muchos años asistimos estupefactos a una campaña dirigida por miembros del PSOE y aplaudida por la derecha económica, en la que ejemplares compañeros como Indalecio Prieto o Fernando

de los Ríos, socialistas profundamente reformadores y duros acusadores del capitalismo, pasaban a ser adalides del liberalismo, pretendiendo con ello amparar y justificar la deriva social-liberal que era más que evidente.

Se asistía a una campaña de los modernistas del PSOE, redefiniendo el papel del Estado:

— Para salvar el Estado de Bienestar hay que reducir su equidad.

— De la igualdad que defendieron Pablo Iglesias, Lasalle, Jean Jaures, Willy Brand, Olof Palme, igualdad que jamás confundieron con un igualitarismo estúpido, sino con una norma moral a la que toda sociedad debe tender para remediar las desigualdades que indefectiblemente crean las sociedades capitalistas, se pasó a la que defienden dirigentes del PSOE, una igualdad de oportunidades en la que la meritocracia del mercado haría la criba.

Ha sido, en definitiva, la política seguida en los últimos años de gobierno socialista (1986-1996) pretendiendo aunar el rigor económico y la justicia social, impulsar la competitividad y garantizar la cohesión social, desregular el mercado y defender el empleo; en la que las empresas deben tener suficiente margen de maniobra y no verse asfixiadas por las regulaciones. Definitivamente, una política que pretendía la cuadratura del círculo, enterrando por mucho tiempo cualquier opción de izquierdas.

Difícilmente en esta coyuntura los partidos de izquierda, PCE-IU, PSOE, podrían ser una referencia ideológica para la UGT y ésta un catalizador de un movimiento socialdemócrata y ello por una razón: por no haber ni tradición, ni práctica, ni siquiera talante socialdemócrata, sobre todo en la organización hermana.

Surgió en el seno de la Unión, aún con carácter limitado, la vieja discusión sobre

si el sindicato influye más en las decisiones del partido a través de su propia fuerza autónoma o mediante la presencia de los responsables de sindicato en los órganos del partido.

La mayor parte del sindicato, su Comisión Ejecutiva, estimaban que la influencia de los sindicatos en los partidos era escasa, que la preeminencia funcionaba a favor de los partidos, como estábamos constatando y sufriendo en nuestras propias carnes y que la intromisión del sindicato en la vida partidaria termina por trasladar al seno de las organizaciones sindicales la lucha entre tendencias, posiciones personales, de las organizaciones políticas.

No se podía desdeñar el riesgo de trasladar a la UGT las diferencias del PSOE que, aunque soterradas, no dejaban de ser crecientes entre los renovadores, guerristas, Izquierda Socialista, social-liberales, arribistas, etc.

En ese contexto, lo que el sindicato pretendió era darse una orientación socialdemócrata, aprovechando el Instituto sindical de estudios, con jornadas, documentos y ponencias, con la colaboración de sociólogos y de especialistas en derecho laboral, y de compañeros como Juan Francisco Martín Seco o de Izquierda Socialista como Antonio García Santesmases, donde se formularon una serie de propuestas que, aún de manera limitada, eran una referencia socialdemócrata en aquel marasmo en que estaba sumida la izquierda política.

El creer que sin referentes políticos el sindicato pierde ideología, no deja de ser una concepción trasnochada de corte leninista, guesdista, que consideraban a los sindicatos como instrumentos de los partidos, depositarios éstos de la conciencia ideológica y revolucionaria.

La toma del poder político ha dejado de ser un objetivo revolucionario. Los partidos de clase se han transformado en

partidos interclasistas, que para alcanzar el poder persiguen un espectro electoral mucho más amplio que el circunscrito al campo sindical, al trabajador, lo que puede y de hecho da lugar a choques de intereses contrapuestos, provocando, como constatamos en Europa, huelgas generales declaradas a gobiernos socialistas por sindicatos de la misma orientación.

No tener referencias partidarias, cuando éstas chocan con la razón de ser de los sindicatos, no supone, bajo mi punto de vista, ni conservadurismo ni neutralidad política, sino el tener referencias ideológicas, políticas y objetivos propios.

La UGT por concepción ideológica, por tradición, por voluntad, es un sindicato de orientación socialista, por lo que su acción sindical no debe circunscribirse al campo laboral.

Al concepto de autonomía se ha unido la idea de que no existe línea divisoria que separe lo político y lo laboral. Que para UGT ha sido fundamental defender a la persona en su doble condición de trabajador y ciudadano; el reivindicar mejores condiciones, no sólo de trabajo, sino de vida.

Si desde el PSOE se quiere una política de convergencia con los sindicatos, en concreto con el sindicato socialista, representado por la UGT, es elemento sustancial e irrenunciable que ambas organizaciones actúen en pie de igualdad y respeto, con una política económica social progresista aceptada y deseada por la mayoría de la sociedad española.

*5. Sabemos que con J.A. Gimbernat y otros compañeros has luchado desde el colectivo Itaca por difundir las señas de identidad de la izquierda. A. Recio insiste mucho en la crisis del proyecto socialdemócrata. ¿Piensas que esa crisis es irreversible?, ¿por dónde verías tú la posibilidad de una reconstrucción de la izquierda en estos momentos?*

El pretender dar alternativas a la crisis de la socialdemocracia puede ser un esfuerzo baldío si no se aborda en el seno de los partidos, con debates abiertos, confrontación de ideas, tanto en el ámbito del Estado como a nivel europeo. Por ello pretenderé acercarme al problema intentando entrever el camino que los mojonos van marcando. Se trata, como en ciertos problemas aritméticos, de llegar a la solución por la desestimación.

Es tan evidente el fracaso de la familia socialista europea que, de manera aún renuente, se están viendo obligados a entrar en el debate, básicamente entre dos opciones: una, la de un giro a la izquierda, la de una socialdemocracia coherente y, otra, la de un social-liberalismo, personalizado en la tercera vía: «Tony Blair».

Es manifiestamente claro que, en general, la opción seguida por el socialismo europeo bajo expresiones distintas como nuevo laborismo, nuevo centro, nuevos emprendedores, socialismo libertario han optado por el social-liberalismo, por la modernidad. Modernidad que, con el pretexto de adaptarse a la nueva realidad, emprendió el camino de recortes de las prestaciones sociales, el achatamiento del Estado de Bienestar, estimando que éste es excesivamente generoso, que las prestaciones sociales son costosas y son además un impedimento para la competitividad del mercado.

En ese camino, se erigieron en defensores del conservadurismo fiscal, de la liberalización del mercado de trabajo, de la privatización del sector público, de propiciar jubilaciones en plena vitalidad, de jóvenes sin estabilidad laboral, de creación de fondos de pensiones, sistema de capitalización como complemento sustitutivo del sistema de reparto fundado sobre la solidaridad intergeneracional, de aceptación de despidos masivos, etc.

Los resultados han sido los previsible, consecuentes con las políticas aplicadas.

No parece exagerado decir que en la actualidad la Unión Europea sufre una masa de desempleados crónicos, de marginados, de familias modestas amedrentadas por la pobreza, de trabajadores sin trabajo o trabajo precario, sin futuro, llenos de desesperanza. Todos ellos —y son millones en la UE— están atemorizados, atenazados por la desconfianza y el recelo frente a una sociedad insolidaria, en la que sus referencias ideológicas y políticas habituales aparecen definitivamente perdidas. La aplicación de estas políticas, reitero una vez más, habla por sí sola.

De una Europa rosa, la de un socialismo hegemónico, en que se llegó a gobernar en doce de los quince países miembros (entre los que se encuentran cinco de los mayores: España, Italia, Francia, Alemania y Reino Unido), se ha pasado a una Europa de aplastante mayoría de derechas. De una Unión que algunos optimistas calificaban de rosa, a otra de un color preocupante. La de una derecha, en parte ultraliberal y xenófoba.

De continuar esta política, la de oponerse a las aspiraciones populares que reclaman una sociedad más justa, de mantener a ultranza esta opción social-liberal, no es aventurado prever el desastre al que está abocada la izquierda que entraría en una vía de descomposición social.

La necesidad de un rearme ideológico, previa constatación del agotamiento de la tercera vía o nuevo centro, exige de los partidos socialistas, de sus direcciones políticas, la corrección de la vía que les ha separado de su electorado.

En este rearme ideológico que no puede ser un mero retoque cosmético, sino una verdadera catarsis, la necesidad de volver a entroncar con la izquierda clásica pasa por una contestación contundente al capitalismo, a la mundialización liberal. Exige que, frente a un proceso gobernado por un reducido número de empresas se

propicie una mundialización política cuya esencia no puede ser otra que la regulación y el control democrático. Que el comercio internacional, las inversiones, la circulación de capitales, la integración de empresas, todo ello imprescindible para el desarrollo y la creación de empleo, tendrá que desarrollarse en el marco fijado por los poderes democráticos.

Es una obligación de los partidos socialistas participar en los movimientos sociales que se manifiestan desde hace años en la calle, denunciando el desorden creado por el capitalismo.

Si se quiere un mundo mejor es absolutamente necesario conseguir una Europa más social, con pleno empleo, con derechos sociales, no sólo para satisfacción de sus propios ciudadanos, sino como referencia y aportación solidaria a la reorientación de esta desquiciada mundialización. Se tendrán que defender opciones auténticamente de izquierdas, de disenso, de confrontación a las alternativas de derechas.

Lamentablemente asistimos a una profunda regresión social en que los ciudadanos europeos no perciben diferencias concretas entre el proyecto socialdemócrata y el de los conservadores. Problemas que afectan a millones de ciudadanos no pueden resolverse más que a nivel europeo.

Las cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno adoptan decisiones que están en contradicción, que lesionan los intereses de esos millones de ciudadanos que expresan en la calle sus protestas. Decisiones como las de la Cumbre de Barcelona no disponen de ningún mandato de sus parlamentos nacionales y menos aún de sus electores, es más, saben a ciencia cierta que, en el caso de que se les consultara, estos últimos las rechazarían.

La Cumbre de Barcelona, bajo la presidencia de España ha sido especialmente negativa en cuanto a las resoluciones adoptadas: plan de estabilización, privati-

zaciones públicas (como la de la energía eléctrica en Francia), aumento de la edad de jubilación, moderación salarial, flexibilidad en el mercado de trabajo. Medidas todas tomadas conjuntamente tanto por gobiernos conservadores como socialdemócratas.

Acuerdos impulsados por todos los partidos socialistas de la Unión Europea, estén éstos en el Gobierno o en la oposición. Es bochornosa la complicidad del Partido Socialista Europeo (PSE) en la toma de acuerdos que chocaban con las reivindicaciones de cientos de miles de manifestantes, de electores que exigen una Europa más social, con más y mejor empleo. ¿Puede uno sorprenderse del fracaso de la socialdemocracia en la construcción de una Europa social?

Si la izquierda, el socialismo, quiere abanderar la defensa de los sectores más desfavorecidos, si quiere reencontrarse con su electorado natural, tendrá que corregir sus errores, sus perversiones ideológicas.

La gran duda que embarga a ese electorado es la de si los dirigentes políticos están dispuestos a cuestionar una política por ellos mismos realizada. Si son capaces de defender políticas contrarias a las que ellos mismos han aplicado. Si están dispuestos a un sacrificio personal en aras de un ideario que dicen respetar.

La dirección de los partidos socialistas casi no cuenta con dirigentes procedentes de las capas populares, de los sectores más desfavorecidos. Se han conformado en direcciones que se erigen en grupos sociales cerrados, corporativos, que ejercen el poder de manera personal y autoritaria, que viven una realidad social a distancia abismal de sus electores.

Nada tiene, por tanto, de extraordinario que los sectores populares, las clases trabajadoras, no se sientan representadas por esos electos. De que se autoexcluyan del voto en una prolongación de la margina-

ción social. Tienen conciencia de la importancia del voto pero en igual grado creen que éste no sirve para nada.

El giro al que obliga la situación pasa por el cumplimiento de exigencias que ya no se pueden demorar, como son:

— La obligación de que los partidos socialistas sean más representativos de sus electores, de las capas más modestas de la sociedad, de los trabajadores.

— Políticas de los partidos socialistas a nivel europeo.

— Iniciativas continentales, prevaleciendo los intereses sociales sobre los económicos, el Estado sobre el mercado, los ciudadanos sobre la empresa.

— La crítica al capitalismo conlleva la exigencia de reformar, sustituir toda esa constelación de instituciones de las que éste se ha rodeado: FMI, BM, OCDE, OMC, que en lugar de servir de apoyo al desarrollo de los países con dificultades económicas y sociales, han pasado a ser instrumentos de dominación en manos de las multinacionales.

Si se hiciera un rearme ideológico auténticamente de izquierdas, nos encontraríamos muy próximos, a pesar del tiempo transcurrido y de los profundos cambios sociales, al pensamiento de un socialismo clásico, como era el de nuestros maestros.

En nuestro país, por desgracia, la deriva del gobierno socialista hacia posiciones social-liberales ha sido incomparablemente más acusada que la del resto de los gobiernos socialistas europeos.

Pocas veces se conocerá una situación tan plúmbea, vacía, donde las «ocurrencias» suplían las carencias de contenido político e ideológico.

Unos gobiernos que se significaron por la toma de medidas, que endurecían los requisitos del derecho a jubilación, reformas del mercado de trabajo que hacían que el Estatuto de los Trabajadores (una

ley de UCD) fuera para los sindicatos y trabajadores toda una referencia de progreso. Se aplicaban políticas de moderación salarial que suponían en la práctica pérdidas de poder adquisitivo, se negaban los derechos sindicales a los funcionarios públicos, se precarizaba el mercado de trabajo hasta extremos increíbles, una aplicación regresiva del salario mínimo interprofesional SMI, contraviniendo la propia ley en que éste se basaba, legalización de las Empresas de trabajo temporal.

Se suplantaban conceptos de izquierdas por políticas inherentes a la derecha haciendo con ello las delicias de la patronal.

Ello llevó a que los Gobiernos socialistas de Felipe González tuvieran el triste privilegio de sufrir cinco huelgas generales, el rechazo de los sindicatos y de los trabajadores y el retraimiento de su electorado falto de sus habituales referencias. Era difícil imaginarse un partido tan distante de la historia ejemplar del centenario Partido Socialista Obrero Español.

Después de trece años de Gobiernos socialistas, asistimos, en el 34 Congreso del Partido (junio de 1997) a renunciadas clamorosas, a forzadas sustituciones, a compañeros elegidos en primarias con renuencia del aparato. Con un candidato a las últimas elecciones generales, compañero respetable, siempre a la sombra del líder, que llegó a decir que los Gobiernos socialistas fueron los primeros que aplicaron la tercera vía, eso sí, sin teorizarla. Lo que era el reconocimiento de la práctica de una política social-liberal que los «renovadores», los modernistas, mayoritarios en el Gobierno y en el PSOE, con el apoyo de su secretario general defendían sin pudor, con la complicidad del conjunto del Partido, salvo Izquierda Socialista.

La dirección elegida en el 35 Congreso del Partido (julio del 2000), parecía dejarse llevar por lo que ellos mismo denominaban la modernidad frente al arcaísmo.

Se manifestaban indistintamente partidarios de la tercera vía, del republicanismo de Petitt, y del socialismo libertario. Era en definitiva, lo que no dejaba de ser preocupante, el tener muchas referencias y ninguna concreción.

Posteriormente, apoyaron la Huelga General del 20 de junio, rechazaron al igual que los sindicatos el llamado «decretazo», asumieron sus reivindicaciones, participaron en manifestaciones a favor de los trabajadores de las que llevaban ausentes muchos años. Tantos como los que gobernaron.

La actuación del PSOE en ese campo ha sido una sorpresa agradable que la izquierda agradece, que puede llegar a movilizar a su electorado natural con una participación más activa en la política.

Próximamente conmemoraremos los veinte años que han transcurrido desde octubre de 1982. Si se conmemora sólo el triunfo electoral sin analizar la gestión de los Gobiernos socialistas 1983-1996, estaremos haciendo un flaco servicio al socialismo.

Los resultados de las elecciones del 28 de octubre de 1982 no pueden ser un fetiche tras el cual se escude el profundo descontento social, las cinco huelgas generales que las políticas de los Gobiernos de Felipe González provocaron.

Da la impresión de que estas conmemoraciones electorales, las invocaciones socialdemócratas y el canto de *La Internacional*, al igual que el canto gregoriano en la iglesia católica, sólo se reservan para las más solemnes celebraciones.

Alfonso Guerra manifestaba recientemente: «Creo que José Luis Rodríguez Zapatero cree más en el socialismo que los que gobernaron antes»; interesante testimonio dada su condición en aquel entonces de vicepresidente de Gobierno y vicesecretario general del Partido.

En uno de sus muchos y profundos artí-

culos, Antonio García Santesmases hace una valoración sobre la gestión de la actual ejecutiva que, en términos generales valora de forma encomiable. Refleja los aciertos que en su opinión son muchos y sus silencios que califica de asombrosos. Cita una serie de puntos que le parecen un acierto de la nueva dirección, añadiendo a continuación: «Tenemos renovación de personas, pero lo que no se ve es un perfil definido en los contenidos programáticos ni en los proyectos que se defienden».

Bajo mi punto de vista, el quid de la cuestión está cuando Antonio manifiesta: «A Zapatero le falta un análisis riguroso del nuevo capitalismo y de las posibilidades de la izquierda en este escenario».

Un año después de aquel artículo no se conoce una orientación clara, de izquierdas, nos seguimos debatiendo más en la desesperanza que en la ilusión. De si el PSOE, al igual que el Partido Socialista Europeo (PSE), sabrá estar a la altura de las circunstancias. De poner freno al capitalismo rampante, abanderando las reivindicaciones de las capas sociales más desfavorecidas.

6. *Por último, y ya que te has referido a la huelga general del pasado 20 de junio del 2002, ¿cómo deberían continuar los sindicatos la lucha del 20 de junio de 2002?*

La Huelga General del pasado mes de junio estaba más que justificada y, en mi opinión, tuvo un éxito importante.

Fue una protesta inevitable, que los sindicatos no podían rehuir, si no querían ser el hazmerreír de los trabajadores.

Esta huelga general contra el «decretazo», ha sido la quinta huelga que se celebra en España desde la transición con igual justificación que las cuatro anteriores. La repercusión del «decretazo» sobre el mercado de trabajo, facilitando el despido y el abaratamiento es de una gravedad extraordinaria que se asienta sobre el

principio neoliberal de que la reducción y el endurecimiento de las prestaciones incitarán a la búsqueda de empleo. Como si el paro fuera un problema de falta de voluntad y no de falta de trabajo.

El Gobierno del PP ahonda en una falacia ya conocida de que más vale un empleo precario que ninguno. Lo que nos ha conducido a tener el triste récord de ser los campeones de la UE en precariedad y desempleo.

A este «decretazo» se suman las medidas de endurecimiento en la percepción de los subsidios de jubilación, incumplimiento del Pacto de Toledo, congelación salarial de los funcionarios, medidas fiscales favorecedoras de las rentas más altas, pérdida, año tras año, del poder adquisitivo del Salario Mínimo Interprofesional (SMI), abuso de las ETT sobre la política de empleo, que ha llevado a millones de trabajadores a la marginación, a los que no se les aplica la ley ni el convenio.

Políticas salariales pactadas incomprensiblemente entre empresarios y sindicatos, que han supuesto una pérdida importante del poder de compra, y que contra lo que algunos ingenuos sindicalistas pretendían creer, iban a suponer un aumento del empleo.

La moderación salarial a cambio de la creación de empleo, no deja de ser una argucia, tanto del Gobierno como de la patronal y que siempre supone mayores beneficios empresariales.

El Gobierno del PP no sólo ha roto el modelo de diálogo social que ha funcionado durante los últimos años, sino que se ha burlado de la moderación salarial que con gran responsabilidad han realizado los sindicatos y que ha sido una pieza fundamental en la recuperación económica.

Muchas de las medidas aplicadas por los gobiernos, en este caso del PP, tienen como coartada las exigencias comunita-

rias. Plan de Estabilidad, Banco Central Europeo (BCE), Cumbres Europeas.

El «decretazo» se ha justificado por ser un imperativo de la Cumbre de Barcelona.

Al igual que la ciudadanía, la clase trabajadora tiene problemas cuya solución escapa a la tutela del Estado. Dependen de decisiones comunitarias a las que es imposible recurrir, dado el déficit democrático de la Comisión Europea, Parlamento Europeo, Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno, que están fuera de todo control de la soberanía popular. De los parlamentos nacionales y de sus electores.

Decisiones como las del Ecofin, de las cumbres, decisiones generalmente regresivas que caen como llovidas del cielo sin que la ciudadanía encuentre el menor amparo. Difícilmente se puede llegar a mayor degradación democrática, a mayor indefensión de millones de ciudadanos frente a la imperante política neoliberal.

Al igual que en el campo político, el movimiento sindical, no sólo de nuestro país, sino europeo, necesita recuperar su sentido idealista, su dimensión internacionalista, en una acción sindical más ofensiva, exigente, tratando no sólo de estar a la defensiva, de defender los logros conseguidos, sino de avanzar, de profundizar en el Estado de Bienestar.

Al igual que al final del siglo XIX y XX se conquistaron a escala nacional toda una serie de derechos sociales, corresponde en este siglo XXI conseguirlo a nivel europeo y mundial.

Durante años, en mi condición de secretario general de la UGT y miembro de la Comisión Ejecutiva de la CES, he asistido a muchas de las reuniones de Val Duchess (Patronal, Sindicatos y Comisión Europea). Mi experiencia, en términos generales, ha sido negativa.

En ese diálogo social, con mayoría de Gobiernos socialistas en la UE, presidida ésta por Jaques Delors, todo lo que no se

consensuara entre empresarios y sindicatos, rara vez salía adelante sin que la Comisión sentenciara en el sentido progresista que parecía corresponder a su ideario.

Sin despreciar el diálogo de Val Duches la conquista de una Europa social, requerirá emplear el disenso, la presión y la protesta de manera más intensa que la empleada hasta ahora.

Uno de los problemas es que en la UE no se han producido convergencias de las normas laborales de los distintos países miembros. Sigue habiendo diferencias sustanciales en la naturaleza, el grado y la intensidad de la protección social. No puede, en consecuencia hablarse de un mercado laboral único en la actual Unión Europea, sino de tantos mercados como países miembros.

Esta heterogeneidad es un hándicap para conseguir mejores y equiparables condiciones laborales.

Para conseguir un sindicato, una central de dimensión europea.

Si a eso se añade una excesiva inclinación a las políticas de consenso, si se asumen como positivas por los sindicatos, por la CES, acuerdos como los de la Cumbre de Barcelona, comprenderemos la necesidad de un profundo cambio en la acción sindical.

Lamentablemente es frecuente que sean los Consejos Europeos, por ejemplo el de Amsterdam, los que preconizan una política articulada entorno a la palabra flexibilidad. Flexibilidad de salarios, de condiciones de trabajo, de sistemas de protección social, etc. Jamás flexibilidad de las remuneraciones de los altos dirigentes de empresa, de sus contratos blindados, de la opción sobre las acciones, sobre las abismales diferencias salariales. Por ello, cuando se reafirma la importancia de la promoción de empleo, los trabajadores, los asalariados, tienen fundadas razones para desconfiar. Se trata de dar a los go-

biernos, al mundo de la patronal, todo el poder para reemplazar el buen empleo por el empleo precario y mal pagado, por recortar prestaciones sociales que forman parte de la cultura social europea.

Los sindicatos tendrán que superar ciertas tendencias, como las de magnificar el consenso y el diálogo, que por muy importante que éste sea, no es jamás un fin en sí mismo, sino un medio, que vale lo que vale el logro contenido en el diálogo.

Al igual que se dialoga, consensúa, los sindicatos tienen que ser capaces de presionar, reivindicar, haciendo un uso racional de las protestas ya que las huelgas generales son medidas excepcionales que hay que administrar con especial sensibilidad.

¿Cómo continuar la lucha del 20 de junio de 2002? Tiene difícil contestación. Parece obvio que la acción sindical dependerá fundamentalmente de la reacción del Gobierno del PP frente a las reivindicaciones sindicales.

Creo que deben continuar las reivindicaciones del 20 de junio, teniendo en cuenta las nuevas amenazas que para los trabajadores suponen las medidas anunciadas por el Gobierno.

Estimo fundamental que los sindicatos superen una actitud defensiva, consistente básicamente en mantener los marcos actuales, pasando a una acción sindical más agresiva, conformando plataformas reivindicativas, entusiasmando, haciendo participar a todo ese mundo que hoy se siente agredido por las fuerzas conservadoras.

Plataformas reivindicativas que hagan suyas los partidos de oposición, PSOE, IU, colectivos de mujeres, jóvenes, ONGs, grupos alternativos, intelectuales, artistas, en definitiva, que sean un catalizador, no sólo de las demandas sociales y económicas sino también de un sentido ético, moral, igualitario, consustancial a toda sociedad viva y democrática.

Conseguir que los partidos de izquierda se sientan implicados en las reivindicaciones de los trabajadores es una necesidad, tanto para éstos como para los propios partidos.

Se trata, en definitiva, de que la sociedad haga suyas las reivindicaciones, de socializar la protesta, de que el rechazo a estas reivindicaciones tengan un precio superior al de su aceptación.

Los sindicatos tendrán que hacer gala de una gran imaginación, de diversificar sus protestas en empresas punta y sectores estratégicos, sectoriales, huelgas de celo, etc.

Una vez más, el reto al que se enfrenta el sindicato, es mantener el equilibrio entre el posibilismo y el entreguismo del que sólo le separa una tenue línea.

De igual manera ha sido difícil mantener las dos caras que corresponden a un sindicato de orientación socialista. Una, el ser una organización institucional. Otra, y en mayor grado, el ser un contrapoder obrero, reformador.

El otro reto es que, si bien es cierto que la creciente diversidad social entre los trabajadores ha conducido a una cierta difumina-

ción de las estructuras de clase de base profesional, lo que implica que la solidaridad a la manera antigua encuentra dificultades como elemento unificador y de movilización efectiva para los trabajadores.

No es menos cierto que las barreras siguen compuestas por los mismos materiales: dinero, educación, familia, situación profesional, barreras que lejos de atenuarse se agudizan, polarizando las diferencias hasta extremos irreconciliables.

En ese sentido, como siempre, los sindicatos tienen injusticias que superar, conquistas sociales a conseguir, como demuestran las protestas y manifestaciones que recorren las calles europeas, manifestaciones de gran heterogeneidad, compuestas por diversas capas de la sociedad que aúnan sus esfuerzos en reivindicar mejores condiciones de vida y de trabajo.

Para hacer frente a un malestar social generalizado, los sindicatos tendrán que tener un mayor grado de sensibilidad, un mayor grado de compromiso con las capas populares y una dimensión internacional que exige, como mínimo, un sindicalismo unitario para una Europa más social.